

TODOS TE BUSCAN

(Mc 1,29-39)

En aquel tiempo, ²⁹ Jesús cuando salió de la sinagoga fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. ³⁰ La suegra de Simón estaba en cama con fiebre; y le hablan de ella. ³¹ Se acercó y, tomándola de la mano, la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles. ³² Al atardecer, a la puesta del sol, le trajeron todos los enfermos y endemoniados; ³³ la ciudad entera estaba agolpada a la puerta. ³⁴ Jesús curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios. Y no dejaba hablar a los demonios, pues le conocían. ³⁵ De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración. ³⁶ Simón y sus compañeros fueron en su busca; ³⁷ al encontrarle, le dicen: «Todos te buscan». ³⁸ Él les dice: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido». ³⁹ Y recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Estamos caminando detrás de los pasos del segundo evangelista. Él nos conducirá, durante este año litúrgico, en el conocimiento de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios. Para muchos es el escritor con más dominio histórico sobre el Nazareno y para otros el primer evangelista. En el fondo estas consideraciones no son tan relevantes, pues lo que a él le interesa que es al final del camino profesemos, junto con el centurión pagano, “realmente este es el Hijo de Dios” (15,39). Por otro lado, ya empezamos a darnos cuenta, Marcos no es un escritor sencillo. Sus sutilzas teológicas requieren un buen ojo clínico exegético, fino oído bíblico, corazón sencillo y fe para creer en su testimonio.

El evangelio de hoy es conocido, entre exégetas, como «una jornada normal» del Nazareno. Entre otras cosas, este título obedece a las diversas anotaciones de tiempo que hay en el texto: es sábado (y no olvides que la jornada judía, a diferencia de la nuestra, empieza el día anterior con las vísperas); probablemente ya es media tarde, pues «saliendo de la sinagoga» (29a) entró en una casa y curó a la suegra de Pedro; luego, «al atardecer, a la puesta del sol», curó enfermos y endemoniados (32a); después «de madrugada, cuando aún estaba oscuro» se puso a rezar (35a); en ese momento, lo buscaron sus discípulos, porque la gente andaba buscándolo (37a); y en seguida, empezó a recorrer toda la Galilea predicando y expulsando demonios. Era domingo aquel día.

Los días del Nazareno, según el testimonio de Marcos, y de Pedro, fueron intensos: visita a la sinagoga, enseñanza, curaciones, expulsiones de demonios, visita a las casas, anuncio del evangelio y oración silenciosa. No podemos, en este breve texto, detenernos en cada detalle. Sería demasiado. Hay incluso gestos tiernos de parte de Jesús. Extraigamos, sin embargo, los más pertinentes para nuestro hoy. Aquello que permita «cambiar nuestra manera de pensar», *metanoia*, según el Maestro, para así cambiar el mundo.

La casa

Un detalle valioso para las primeras comunidades cristianas: Jesús salió de la sinagoga y entró en la “casa de Simón y Andrés” (29b). Pasó del sábado al domingo; de la sinagoga a la casa, que no es una “casa” cualquiera, y gracias a los intercesores, anónimos y conocidos, realizará no solo un milagro sino muchos: curó a enfermos y endemoniados, porque muchos se “agolparon a la puerta” de aquella famosa Casa.

Le hablaron de ella

Los sujetos de la frase el versículo 30b parecen que fueron Santiago y Juan, quienes intercedieron por la suegra. Repito, intercedieron. Probablemente se tenga que añadir otro dos más, que ya estaban en casa (Pedro y Andrés). Este rol se vuelve a repetir más adelante: «a la puesta del sol le trajeron todos los enfermos y endemoniados» (32). ¿Quiénes hacen ésta tarea? Al día siguiente, domingo, «Simón y sus compañeros», apenas encuentran al Maestro, le comunican la inquietud de la gente (30b). Interceden.

Para llegar a Jesús, lo muestra el texto claramente, necesitamos de intercesores. Abundan los ejemplos en los evangelios (Mc 2,4-5). ¿Por qué enfatizo esto? Porque muchos protestantes, o hermanos separados, predicán la comunicación directa con Jesús, el encuentro inmediato y el contacto sin intermediarios. No solo se contradicen a sí mismos, contradicen también a los discípulos. ¿Qué rol tendrían los discípulos, si los hombres no necesitaríamos mediadores para llegar al Señor? ¿Qué hacen aquellos “cuatro” hablándole sobre la situación de la suegra? ¿Qué rol tienen aquellos discípulos anónimos al llevar enfermos y endemoniados al Nazareno? ¿Qué rol? La verdad es esta: Necesitamos intercesores y mediadores, nosotros los enfermos y endemoniados, para llegar al Maestro. Tiempo después, la iglesia los llamó “santos”. Y necesitarás mucho de ellos, sobre todo si estás tirado en el rincón de tu vida con fiebre, o si estás paralítico o ciego... Necesitarás que te tomen de la mano y te lleven a Jesús.

La fiebre

Marcos cuenta simplemente que la suegra de Pedro tenía “fiebre” (30a); Lucas dice, en cambio, “fiebre alta” (Lc 4,38). Es verdad, todos tuvimos en algún momento experiencia de este malestar que trastorna nuestra vida. Pero en el mundo bíblico, es más que una patología corporal, es una maldición (maldición consiste también en perder calidad de vida, si lo entendemos en sentido amplio). Moisés, antes que el pueblo pase a la tierra prometida, les entregó la Ley, advirtiéndoles: aquel que los cumpla recibirá bendiciones; en cambio, aquel que los incumpla, recibirá maldiciones (La lista lo encuentras en Dt 28). Y una de estas maldiciones es precisamente la fiebre, fiebre maligna o alta, como dice el médico Lucas. La fiebre de aquella mujer anciana y viuda, postrada en cama, debemos entenderla también en este contexto.

La fiebre (ya sea como maldición) es símbolo de una humanidad enferma, moribunda y viuda. Que se enferma precisamente por no escuchar la Palabra del Señor (La Ley del Señor). La fiebre va asfixiando la salud de la viuda y de la humanidad, impidiéndole actuar y realizar lo que indica su propia naturaleza: servir al otro, ser útil a los demás, ayudar al prójimo (31b). La fiebre deshumaniza, paraliza la capacidad de amar, debilita el don del servicio. El hombre o la mujer que no es capaz de ayudar, servir y amar deja de ser humano o humana. Su único refugio será la cama (30a). Existen fiebres altas que deshumanizan. ¡Atento! Por ejemplo, la fiebre del delirio de poder, deshumaniza (intrigas, venganzas, celos, complots, maldad. ¿Recuerdas la figura del rey Herodes?). La fiebre del oro, deshumaniza (robos, engaños, trampas, astucias, seducción, chantaje, herencias. ¿Recuerdas la figura del rey Herodes?). La fiebre de la pasión, deshumaniza (concupiscencia, desenfreno, onanismos, instrumentalización, violaciones, feminicidios. ¿Recuerdas la figura del rey Herodes?). La fiebre deshumaniza, llama la maldición. La cura, dice el evangelio de hoy: ser llevado (por aquel que ve tu fiebre y tu postración) donde Jesús, el Señor (32b).

Egeirein

La fiebre leve o alta nos arroja casi como inservibles sobre una camilla, nos deshumaniza. Y ahí es donde aparece el Maestro. Él no nos quiere inservibles, inútiles, buenos para nada, infecundos o moribundos. Tampoco quiere que nos consumamos con la fiebre del poder, del dinero, de la lujuria, del interés, de la hipocresía, de maldad o del egoísmo. ¡Nos quiere, al servicio del otro! Porque allí radica el misterio de la humanidad, de la vida plena. Pero existe, aunque no parezca, un requisito. El enfermo afiebrado y/o la viuda anciana agonizante por sí solos no podrán levantarse. Así es. Igual que tú. Necesitas del otro, de un intercesor. Bendito el Señor si hay uno cerca de tu camilla.

Jesús vino precisamente para eso. Para levantarte. Levantar tu humanidad. ¿Y cómo lo hizo o cómo lo hace? “Se acerca, te toma de la mano y te levanta, *egeirō*” (este verbo se usa para la resurrección). Jesús cogiendo la mano de aquella anciana moribunda, la resucita. Y resucitada, sirve. Entonces, la humanidad es humana, cuando sirve. El ideal del hombre griego (los destinatarios de Marcos) era el dominio. En cambio, el ideal del hombre, para el Nazareno, es el servicio. Serás humano, cuando sirvas (...“No he venido a ser servido sino a servir...”). Parafraseando: No he venido sino para ser humano... dirá el Nazareno. Y tú, ¿Qué dices? ¿Padeces de alguna fiebre? ¿Tienes cerca algún intercesor? ¿Cuál es el ideal de tu humanidad?